

# ¡PIEDAD PARA SANTA-ANNA!

*Felipe J. COLOMO CASTRO*

CON UN TÍTULO sugestivo y exacto, Fuentes Mares nos ha dado una biografía de Antonio López de Santa-Anna,\* en la cual despliega su azarosa vida pública, desde que se anuncia en la mañana de Iguala, hasta que se oculta definitivamente en el destierro de Nassau, tras de aparecer una y otra vez como astro dominante en nuestro firmamento político, después de cada oscurecimiento en las tormentas desdichadas que caracterizan la vida nacional de la primera mitad de nuestro siglo XIX. Quedan al margen de la obra los años de la infancia, la adolescencia y juventud, hasta ajustar el primer cuarto de siglo a partir de su nacimiento, el 21 de febrero de 1794, así como los últimos nueve que no pasó totalmente en el destierro, pues el rencor de Juárez terminó con su muerte, que le permitió regresar a la patria a esperar a su vez el llamado inevitable. Eludiendo asimismo la intimidad de su vida familiar y amorosa, todo el trabajo se centra en las innumerables aventuras políticas del personaje, que, no por demasiado conocidas, deja de ser interesante seguir en la ágil pluma de Fuentes Mares.

Seis veces presidente de la República, lo mismo bajo la forma federal que la central (¿hay alguna diferencia entre ellas, en su versión mexicana?), como ejecutivo provisional o constitucional, ya en ejercicio, ya retirado en su legendaria hacienda de Manga de Clavo, la figura del hombre de Casa Mata se nos dibuja en el personalísimo estilo del autor, veleidosa en su intenso actuar de diez lustros, escurridiza a la aprehensión valorativa de quienes intentan hacer un juicio objetivo de su significado y responsabilidades. Soberbio y vanidoso, inicia su vida de pecados históricos el funesto 2 de

\* JOSÉ FUENTES MARES, *Santa-Anna: Aurora y ocaso de un comediante*, Ed. Jus, México, 1956.

diciembre de 1822, bajo la égida de Poinsett, abriendo a Iturbide la senda que le condujo al cadalso de Padilla; irresponsable y medroso se nos muestra en San Jacinto perdiendo Texas, y en La Angostura y Cerro Gordo sellando el destino irreparable de Nuevo México y California. El autor ha trabajado seriamente el tema, como lo demuestra el gran acopio de bibliografía, y especialmente de fuentes directas muy poco o nada utilizadas hasta la fecha, y casi todas de primera mano. Entre las obras figuran principalmente memorias o testimonios de personalidades de la época: Alamán, Poinsett, Filisola, los esposos Calderón de la Barca, Arrangoiz, Polk, Iturbide, Zavala y el mismo biografiado, es decir, precisamente los primeros actores en el drama. Con ellos, los archivos de mayor importancia para la cuestión: el Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, el Archivo Nacional de Washington, el particular de Poinsett, el de la Sociedad Histórica de Pennsylvania y, muy principalmente, el Archivo García de la Universidad de Texas y el de la Legación Española en México. No obstante que esta lista es sólo ejemplificativa, la obra no se resiente de pesadez en ningún momento.

El método histórico empleado no se ajusta siempre al mínimo de requisitos necesarios para resultar convincente o hasta asequible, y, lo que más importa, eficaz para alcanzar la verdad. Aparece demasiado evidente, por momentos, que el propósito de probar las tesis del autor le restan objetividad al trabajo, y que sus fobias, pocas pero intensas, se sobreponen a la realidad histórica. Luego, hay el propósito no disimulado de crear formas bellas con la palabra escrita en todas las ocasiones favorables (esto se anuncia siempre desde las portadas y títulos de las biografías de Fuentes Mares), lo que no se compadece con el rigor científico que muchos desearíamos encontrar en la exposición. En otros pasajes falta proporción, que es un modo de falsear los hechos, como sucede cuando se concede demasiada importancia a una supuesta carta de Gómez Farías que es a todas luces apócrifa, según termina por reconocer el mismo autor, aunque arguyendo que "si no la escribí, bien pudo haberla escrito". No puedo pasar por alto el que también se deje de lado repetidas veces

el criterio de temporalidad como constante histórica, y se enjuicien con normas de nuestra época —relativas también— actitudes y conductas explicables y hasta justificadas a la luz de los acontecimientos del momento, incluso tal y como el mismo autor los aprecia. Para prueba me remito a la injusta apreciación que se hace de la conducta de la jerarquía eclesiástica mexicana durante la intervención yanqui: apenas nos ha puesto al tanto de que era un secreto a voces la connivencia de Santa-Anna con el enemigo, y de que el interés nacional exigía terminar la lucha en el menor tiempo posible mediante algún arreglo que acarreará los menores sacrificios en aquellas difíciles circunstancias; no bien ha insistido en que aquel mundo debe juzgarse por el revés de sus apariencias, ya que el grupo conservador aparecerá como traidor y el liberal como patriótico por estar aquél dispuesto a la paz a cualquier precio y auspiciar éste la guerra hasta la anexión a los Estados Unidos, cuando se olvida de todo lo dicho para calificar despectivamente al clero porque, tras no poca resistencia, se deja convencer de que debe pactarse la paz luego, a como dé lugar, para poner fin a aquella guerra suicida.

La línea de pensamiento del discutido chihuahuense no ha sufrido variantes notables desde que se inició en el cultivo de esta vertiente histórica. *Poinsett, Historia de una gran intriga* podrá releerse ahora con mayor provecho, pues servirá al lector de *Aurora y ocaso de un comediante* para reafirmar algunos datos que pudieran parecer insuficientemente fundados. Todo ello puede corroborarse con ...*Y México se refugió en el desierto*, que completa la trilogía iniciada en aquél, y lleva a sus fatales consecuencias la trama urdida por el Procónsul esclavista. Con la obra de Valadez, la de Fuentes Mares será pronto una nueva referencia indispensable para quien se interese en la turbulenta vida del jalapeño.

Tal vez la única falla sensible de la biografía que comentamos sea su insistencia en lo negativo del personaje, el recalcar lo oscuro, inclusive en los detalles secundarios, y no acreditar ninguna de las virtudes y méritos del hombre de su tiempo. De ahí que las generalizaciones que se hacen con base en los defectos innegables resulten luego contradictorias

con lo positivo que no puede menos que aparecer. La gran capacidad de organización, el entusiasmo y la confianza que inspiraba en tirios y troyanos, de lo que son muestras su popularidad y la adhesión de los hombres más representativos de la vida mexicana, no pueden explicarse con la simple aseveración de que en el país de los ciegos el tuerto es rey. Su habilidad se manifiesta en la cuestión de La Mesilla, en que se comporta con dignidad y fortaleza, como un político sutil; y respecto de Texas, Fuentes Mares reconoce que estaba perdida aun sin Santa-Anna, y que no cabía otra táctica militar que la que se empleó. Conociendo la voracidad norteamericana y los proyectos expresados por sus prohombres desde los comienzos de su vida nacional, los territorios del Norte, incomunicados, lejanos y despoblados, no podían menos que despertar la codicia filibustera y estar destinados a perderse; los errores fueron anteriores a Santa-Anna, aunque en éste no escasearon tampoco.

Por último, en un orden jerárquico de valores, no podríamos aceptar, con el autor, que las pasiones de secta, grupo o confesión sean "infinitamente inferiores a las individuales", cuando lo inverso es lo verdadero: el hombre que pone por encima de sus intereses egoístas la causa de la comunidad política, y todavía más arriba la de su confesión religiosa, está realmente centrado, y no puede nunca ser llamado traidor con propiedad. Quedan para discutir algunos otros puntos en que con poca seriedad se ponen en tela de juicio los principios católicos, pero ello nos conduciría a una polémica que rebasaría los estrechos límites de una reseña.

En fin, el libro hace justicia a Iturbide y a Alamán, pero no la hace totalmente a Santa-Anna, ni, desde luego, al partido conservador, benemérito por tantos conceptos. Se lee con placer y con provecho, y la edición es pulcra y buena; las notas del editor, inusitadas pero necesarias. Sea, pues, bienvenido este libro, en el "Centenario de la Constitución juarista y del pensamiento liberal mexicano". Ambas cosas quedan ahí, no sin dolor de José Fuentes Mares, bastante en su lugar.